

- El holandés Stefan Popa publica en Armaenia una crepuscular novela sobre el pueblo arrumano

La tradición del Nautilus

Manuel Gregorio González

El lector acaso no recuerde quiénes formaban la tripulación del Nautilus, ni cuál era el motivo último del capitán Nemo para adoptar el mar como su única patria. Todos ellos eran hombres proscritos (irlandeses, corsos, indios...), que luchaban por la liberación de sus respectivas naciones, hostigando a las potencias enemigas. Esa preocupación del XIX por la naturaleza de las naciones –“una nación es un alma, un principio espiritual”, había dicho Renan en *La Sorbona* en 1882–, es la que se resolverá dramáticamente, tras la Guerra franco-prusiana de 1871, en los dos conflictos mundiales, que tendrían en los Balcanes un expresivo y trágico resumen. Es ahí, precisamente, donde Stefan Popa ha situado esta novela, escogiendo el ejemplo de los arrumanos o valacos, cuyo rastro se esparce por Grecia, Albania y Macedonia, para componer una melancólica estampa cultural: la desaparición de un idioma, de un viejo pueblo de pastores, a manos de la modernidad y su abrasiva urgencia igualitaria.

Según nos recuerda Hobsbawm, el nacionalismo de la segunda mitad del XIX se refugió en el idioma, después de haber probado en la raza y el folklore. Pero esta búsqueda de la identidad hay que referirla, para entenderla en su completa arboladura, a la construcción del Estado barroco y las grandes urbes que medran ya en el XVII. Es este “menosprecio de Corte y alabanza de aldea” que postulaba ya Guevara en el XVI, y que se



formulará agónicamente con el Romanticismo, el que recoge Popa en esta obra estupenda, cuya urdimbre no es, como cabría pensar, la ensoñación de un Estado o la nostalgia de una Edad de Oro, sino la mera existencia de una forma de vida, y de un idioma asociado secularmente a ella, de carácter agrario. Como sabemos, al fondo de los movimientos conservadores del XIX se halló siempre este recelo de la Babilonia urbana, como destructora de costumbres y usos y dialectos, de un misterio vernacular y arcano, que la sociedad de masas acabarían orillando, ineludiblemente.

Si *la adelfa sobrevive al invierno* es, pues, un delicado homenaje a la existencia de un pueblo y de un idioma, a una identidad perdida, personificada en su alcalde, cuyo enemigo es no tanto la voracidad de los Estados modernos, no tanto el crepitar de la guerra, como la propia sucesión de novedades y flujos migratorios en que consiste la urbanidad desde hace, al menos, tres siglos. Una trepidación en cuyo vértigo se ha desleído paulatinamente el fantasma de la identidad arrumana, vinculada a cierta idealidad rural, y en cuya vida pautada –y en cuya cultura oral–, se preserva una breve y poética modalidad de lo humano, donde el hombre remite a la Naturaleza y donde la Naturaleza es émula de lo trascendente. A pesar de ello, hay que señalar que *Si la adelfa sobrevive al invierno* es menos la novela de un pueblo malherido por el curso del mundo, que el sólido retrato de un hombre cualquiera, en cuyo pecho laten y se agostan las mismas esperanzas, y un miedo idéntico, al de cualquier otro.

► **‘Si la adelfa sobrevive al invierno’** Stefan Popa. Armaenia, 2021. Trad. Catalina Ginard Féron. 442 págs. 23 euros

- Un divertimento a partir de la reforma del calendario del papa Gregorio XIII

M. G. González

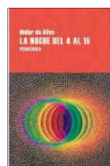
A noche a la que se refiere el título es aquella en que el papa Gregorio XIII cambió el viejo calendario juliano para ajustarse mejor al año astronómico y a la tediosa marcha de las estaciones. Dicho ajuste, por otro lado, exigía la supresión o el adelanto de unos días, para acomodar los asuntos de la cristiandad con las esferas celestes. Es, pues, esa noche que va del 4 al 15 de 1582 –noche, en realidad, inexistente– la única en la que los anales del mundo no recogen cambio ni prodigio alguno. El resto del tiempo, como parece obvio, se halla balizado por acontecimientos de toda índole, y cuyo orden y naturaleza –natalicios, decesos, batallas, accidentes, etcétera–, no sirve a un fin aleccionador

Almanaque de efemérides

kioskoymas#florescoletto@hotmail.com

o sobrehumano, sino al mero divertimento del autor.

Un divertimento escéptico, con mucho de fantasmagoría barroca (piénsese en *La hora de todos* de don Francisco de Quevedo, pero sin el peso de la Providencia), cuya lejano modelo acaso lo encontremos en las caricaturas de Sebastian Brant y su *Nave de los locos*, ya sin el carácter moralizante que la impulsaba. Al contrario, los nombres y he-



chos que se agolpan en las celdas de este particular almanaque de Da Silva, prologado, no en vano, por Echeñoz, vienen gobernados por el azar y un destino paradójico que parece burlarse de las inquietudes humanas. El mismo día en que Cristóbal Colón tomaba posesión de las Indias Occidentales, moría en Borgo San Sepolcro el pintor Piero della Francesca, cuyos conocimientos geométricos habilitarían, en buena medida, el cálculo y la medición del mundo moderno.

Es ese el tono, entre jocosos y fúnebre, con el que Da Silva agrupa y discrimina hechos, hasta dejar temblando, sobre la cordelería del tiempo, la estampa desguarnecida y cómica del ser humano. Un ser humano que comparece al juicio mayor de la casualidad y el arbitrio, y cuya sola voluntad compone este almanaque, íntimamente, fatalmente descompuesto.

► **‘La noche del 4 al 15’** Didier da Silva. Trad. Vanesa García Cazorla. Periférica. Cáceres, 2021. 248 págs. 19 euros



PRINTED AND DISTRIBUTED BY PRESSREADER
PressReader.com +1 604 278 4604
COPYRIGHT AND PROTECTED BY APPLICABLE LAW